

bajar la escalera, pero á poco volvió con sigilo y dió dos golpecitos en la puerta de Galatea.

Abrió la joven, la cual tenía una bata muy abrochada. Cerró la puerta, se apoyó de espaldas contra ella, y dijo con suma frialdad :

— Caballero, sé cuanto ha hecho usted esta noche en una habitación de la posada del Gallo...

— ¿Cómo? exclamó Gilillo asombrado.

— Y estoy decidida á no callarlo si se acerca usted á mí sin mi permiso. Y, ahora, escuche bien. Tengo que hablarle.



X

EN QUE GILILLO RECIBE DE LA S^{ta} LEBIRBE UNA PROPOSICIÓN QUE EN SEGUIDA LE SONRÍE.

Ἐγὼ δὲ μόνα καθεύδω.
ΣΑΠΦ.

— ¿Me amenaza usted? dijo Gilillo.

— Le aviso.

— ¿Y, qué ha ocurrido, según sus informes, en esa pieza de la posada del Gallo en la que se pretende que he entrado?

Tomó Galatea en un cajón unos anteojos de oficial de marina.

— Me aburro, dijo la joven. Paso días enteros en mi cuarto, y, no sabiendo en qué pensar, doy rienda suelta á mi imaginación. Por medio de algunos regalos en dinero, he conseguido que mi profesora de inglés me traiga algunas novelas prohibidas; me gustan mucho, pero me las sé de memoria, y las he vivido veinte veces solita. Sé cuanto Andrés Sperelli dice sobre la boca de Elena, cuanto

Henri de Marsay contesta á M^{me} de Maufriigneuse, y tantas veces me ha abrazado íntimamente el S^r de Maupassant, que me dan ganas de despedirlo. Entonces, me pongo á mi ventana, y por los claros de las celosías miro con estos anteojos lo que se hace en la posada del Gallo.

— ¡Hola, hola!

— Sí. Se hacen muchas cosas, y nadie cree ser visto; pero también esto es monótono. Quince años tenía yo cuando comencé á mirar, cada noche, tan variado espectáculo. Hoy día, tengo veintitrés. Durante las dos primeras noches, me ilustré rápidamente. Durante los ocho años que han seguido, nada he descubierto que no hubiese ya visto, ó fácilmente imaginado. Sin embargo, esas gentes parecen felices; más felices de lo que soy, créalo usted.

— ¡Ah! dijo Gil en otro tono.

— Desde hace meses, nada había yo visto tan interesante como lo que ha ocurrido durante los tres últimos días detrás de las ventanas del cuarto principal. Aquellas muchachas eran deliciosas. Pretexté una jaqueca y aquí me estuve, sin apartarme, siguiendo sus menores movimientos. Me levantaba por la noche

para ver si no habían encendido luz, y una vez, de tres á cuatro de la madrugada, pude sorprender uno de sus despertares. Cuando, á raíz de esto, me volví á acostar, no me fué posible conciliar el sueño...

Pasó la mano sobre su frente.

— Le he tenido á usted mucha tirria por haber turbado sus secretos ejercicios y por haberlas obligado á marcharse. Pero el disfraz de usted, el de ellas, y el cuidado que tuvo usted de tirar sus ropas por la ventana prueban que estaban en falta y que es usted su cómplice.

— Así es.

— ¿Lo confiesa usted?

— En seguida; no vacilo.

— Así, pues, ¿no me teme usted?

— No.

— ¿Y por qué?

— Primero, porque tiene usted el alma mucho menos fea de lo que usted cree. Y, luego, porque también yo estoy armado. Tengo en mi mano el rayo.

— ¿Quiere usted enseñármelo?

— He aquí: el S^r Lebirbe, su venerable padre de usted, señorita, había tendido en el umbral de su cuarto de usted á una joven esclava sin defensa,

sin duda para que, si se presentaba un feroz seductor, le sirviera de presa la pobre muchacha y ofreciera el sacrificio de su cuerpo para conservarle á usted la honra.

— No era precisamente con ese fin; pero, ¿cómo lo sabe usted?

— Misterio y novela de folletín.



— Siga usted.

— Usted ha puesto oro en la mano de dicha joven...

— ¡Vamos, que...! ¿Es ella quien se lo ha dicho á usted?

— ... Y le ha dicho usted que se fuera á pasar una noche agradable con algún ayuda de cámara ó un pinche de cocina, en vez de pasar tristes horas aquí, sin más objeto que el de obedecer á su amo.

— ¿Y, qué más?

— Pues, que como una joven no suele despedir á su guardián sino en momento en que mayores motivos tiene para ser severamente vigilada; como mi presencia en esta habitación, á consecuencia de tal maniobra, prueba que nos entendemos, puede usted forcejear, gritar, acusarme de todos los crímenes; nadie creerá que no estoy aquí sino con consentimiento de usted, y quizá invitado por usted.

— ¿Y, cuenta usted abusar de la situación?

— Por completo.

— No es usted galante.

— ¡Qué funesto error!

— ¡Ah! ... Explíquese, por favor. Ya esta noche me ha dado usted una definición del pudor que no se halla en los diccionarios. Continúe mi educación. Dígame, ahora, qué cosa es la galantería. Le escucho.

— En el sentido en que toma usted esa palabra, señorita, la galantería es un juego de escena muy conocido, pero bastante fino, que permite insultar impunemente á las señoras demostrándoles un respeto que tontamente se apresuran ellas á exigir. Es, también, un excelente medio de disfrazar, bajo las más amables

apariencias, el arrepentimiento que se apodera de la mayoría de los hombres en el instante en que se ven solos con la mujer por largo tiempo deseada. Como estoy muy lejos de experimentar sentimientos tan indignos de usted, y como su belleza no me permite moderar los que me agitan, seré muy « galante » dentro de un rato, pero en el sentido justamente opuesto al que considera usted como bueno; pues también esa palabra puede significar lo contrario de lo que parece decir.

— ¿Y sí le gritara yo á usted que le detesto?

— Entonces, con mayor motivo.

— ¿De veras?

— Sí. Obedecerla á usted, sería *mar-charme*, es decir renunciar á usted, con lo cual perdería yo toda esperanza de conseguir que mudara usted de parecer. Si la fuerzo á usted, acaso me quede una probabilidad...

— ¡Nadie lo diría, al ver lo quieto que se está usted!

— Esto que le digo es sólo literatura. No tengo el menor deseo de molestarla.

Se sentó, cogió el antejo y se puso á

hacer girar el tornillo con marcado interés.

Galatea, inquieta y un tanto jadeante, le miraba de lejos, tratando de penetrarle.

No pudiendo conseguirlo, tomó el volante de su bata, lo examinó, lo estiró, lo volvió, miró la luz por entre su encaje...

Mucho más tiempo durara el « frío », de no haber prorrumpido Gilillo, en medio del silencio, en risa afectuosa y muy comunicativa :

— Somos buenos actores, dijo.

— ¿Somos, así, en plural?

— Mucho talento.

— ¡Qué chiquillo es usted!

— Pasemos á la escena siguiente; es muy bonita.

— ¿Usted qué sabe?

— Sospecho el desenlace. — Vaya, ¿con qué objeto me ha dejado usted entrar aquí?

— Ya no me atrevo á decírselo...

— ¿Tan criminal es la cosa?

— No.

— Entonces... ¿muy inconveniente?

— Sí.

- Dígame lo quedito.
 — No me atrevo.
 — Por señas.
 — Es hartito complicado.
 — Yo la ayudaré.
 — ¿Hasta el final?
 — Sí.
 — ¿Me lo promete usted?
 — Se lo prometo.
 — Está bien. Tengo confianza en usted.
 — Ahora, déjeme adivinar.
 — ¡Oh! jamás lo conseguirá usted. Ni pruebe siquiera.
 — ¿Supera á mi imaginación?
 — Sí.
 — ¿Está usted segura?
 — Sí.
 — ¡Misericordia! ¿Qué puede ser ello?

Galatea no contestó.

Para adoptar un continente bajo la mirada curiosa y sonriente de Gilillo, cogió á su vez el antejo y se puso á acariciar sus tan conocidos tubos.

Luego, en pie en la ventana abierta, puso en punto el instrumento hacia un pabelloncito que dependía de la posada.

— ¿Quiere usted no mirar esas cosas, señorita? dijo Gilillo.

— ¿Acaso... desea usted mi puesto? Se lo ofrezco.

— No, gracias.

— Hace usted mal. ¡Si supiera usted lo que me divierte! ¿Por qué rehusa usted?

— No tengo aún edad para ese género de distracciones.

— Sin embargo, yo la tengo...

— No digo que no. Esas diversiones han sido creadas para la calvicie y la virginidad, las cuales tienen, una y otra, idénticas razones para hallarlas interesantes. Por mi parte, le juro á usted que me son profundamente desagradables.

Volvió Galatea á su puesto de observación. Y en seguida, con impaciencia, exclamó :

— Necesito de usted. Venga pronto. Es pura fantasmagoría, lo que allí ocurre. Hace un rato había un señor y dos señoras; ahora resultan una señora y dos señores... Y sin que nadie haya entrado ni salido... Explíqueme ese cambio, por favor.

Al cabo de medio minuto, habló Gilillo de esta manera :

— Un señor... con una señora de aspecto distinguido... que es fea... se-

guida de una señora más vulgar... que es bonita...

— ¡Qué curioso!... pero, en fin...

Iba á discutir, pero de repente se le empurpuró el rostro, y dijo simplemente con un movimiento de cabeza :

— Sí. Ya veo que me queda mucho por saber.

Y, cual si esta declaración de su ignorancia le diera el ardor necesario para expresar lo que quería decir, añadió :

— ¡Bien, pues esto no puede durar! Es preciso que le hable á usted, y va usted á comprender por qué necesito su ayuda. Como lo que voy á decir es muy inconveniente, no me mire; y, como quizás haya para un rato, no se distraiga.

— Al contrario, escucho con vivo interés.

— Tengo veintitrés años. No tengo marido. Hago una vida estúpida, como todas las muchachas casaderas.

— Desde luego.

— Veo que me comprende usted. Mi padre tiene ideas amplísimas sobre la vida íntima y sobre la educación...

— Pero, naturalmente, no las aplica á sus hijas?

— ¿Naturalmente?

— Eso es muy humano.

— ¿Á usted le parece así? Pues yo llamo eso incoherencia...

— Humano é incoherente; dos veces humano. Estamos conformes.

— No me interrumpa más, pues de lo contrario se me olvidaría cuanto tengo que decirle antes de...

— ¿Antes de hablar francamente?

— ¡Es usted insoportable! Segura estoy de que va usted á condenarme, y no sabrá usted por qué tengo razón.

— Ya sé muy bien por qué no la tiene usted.

— ¿No lo decía yo? No me entiende usted.

— La entiendo á usted por adelantado, y quiero ahorrarle la molestia de terminar una conversación que le es penosa... Un señor á quien yo conozco y que pasa por ser un espíritu sutil no dice nunca más que la mitad de las frases, por aquello de que un interlocutor inteligente adivina su significación desde las primeras palabras, y porque, durante la conclusión, no teniendo que escuchar el adversario, prepararía éste á su sabor argumentos á quemarropa.

— Siendo así, termine usted mismo

mi papel. Es preciso que sepa siquiera si me ha comprendido usted.

— Si la he... Principio por decirle á usted que yo, en su lugar, no pensaría de otra manera. En lo cual haría muy mal. Y esto es lo que quisiera yo decirle á usted en dos palabras, aunque persuadido de antemano de que de nada servirán.

— Diga.

— Tiene usted veintitrés años, es usted hermosa; hace unos diez años que es usted moza; lloró usted mucho cuando tuvo quince años, dieciséis, diecisiete, y así sucesivamente; leía usted novelas muy especiadas en que jóvenes de su edad de usted, á veces hasta más jóvenes, pasaban noches incomparables con amantes dotados de ideales méritos; su anteojo de usted le ha probado que las tales novelas no eran fábulas, y, cuando se comparó usted con las mujeres á quienes usted envidiaba, señales inequívocas le manifestaron que, como ellas, podía usted hacer la felicidad de varios señores que también podrían hacer la de usted.

— ¡Caracoles! exclamó Galatea. Prefero no haber dicho todo eso. Y no me mire usted así, que me abochorna.

— Al leer mi carta, prosiguió Gilillo, ni un instante ha creído usted que yo la amaba, ó, más bien, ha esperado usted que no la amaba...

— « Esperado » está muy bien dicho. En efecto, traduce mi pensamiento.

— ... Y, como había usted tenido ocasión de apreciar mis disposiciones como organizador de disfraces para señoras apuradas, contó usted conmigo para que la ayudara á salir de aquí sin que nadie la conociera; pues, aunque ningún gendarme la obliga á no salir de aquí, no está en el ánimo de usted el dar un escándalo. Prefiere usted desaparecer, tratar de que nadie pueda seguir su pista...

— Y, sin saber qué podría yo pedirle á usted, antes me prometió ayudarme en todo. No lo olvide, amigo mío.

Gilillo le cogió una mano y le dijo muy afectuosamente.

— Hace usted mal.

— No, no.

— Ignora usted la vida hacia la cual se dirige. En ella, todo ocurre como en todas partes y como en las familias : es

decir, que la felicidad está dividida en dos partes : casi todo para los hombres, casi nada para las mujeres. Depende esto, según dicen, de ciertos acontecimientos que en otro tiempo ocurrieron entre una manzana y una serpiente. Las mujeres están sobre la tierra para ser muy desgraciadas : á veces sin razón alguna; pero, cuando una « cocotte » llora, crea usted que sabe por qué llora.

— ¿Quiere usted decírmelo?

— Porque juega con un amor que sin cesar huye de ella. Porque entre veinte hombres á quienes ella detesta, escoge uno á quien ella ama, el cual está deseando dejarla cuanto antes. Porque no hay comedia más triste ni que más trabajo cueste desempeñar, que la de los tiernos sentimientos. Porque...

— ¡Pero, siquiera, esa mujer conoce la vida! ;no es una cosa inútil, una solitaria contra su voluntad, una existencia sin objeto, sin alegrías, sin libertad!

— ¿Puede usted obtener de su señor padre que le señale un tanto mensual y le permita vivir sin traba alguna, cual se apresuraría á hacerlo, de haber querido el cielo que fuese usted un hijo?

— Jamás querrá.

— ¡La ley del hombre! ;siempre la ley del hombre!

— Y, no obstante, sería justo que ocurriera como usted dice.

— Vuélvase usted adolescente, como la señora á quien antes miraba usted, y al S^r Lebirbe le parecerá muy natural que vuelva usted á casa de frac, á eso de las diez ó las once de la mañana, con ojos turbios y piernas de convaleciente. Es más, aunque estuviera usted algo borracha, creo que sería indulgente.

— ¡Ah! no es usted serio.

Y la joven sonrió tristemente.

Gilillo repuso :

— Nada de cuanto le he dicho á usted acerca de la vida de placer la ha convencido, ¿verdad?

— Nada.

— Me lo figuraba. ¿Á qué edad deseó usted por vez primera marcharse?

— No sé... siempre...

-- En ese caso, ¿no se trata de un capricho? ;Ha reflexionado usted, sabe lo que quiere y está segura de quererlo?

— ¡Y tanto!

— Esas mujeres á quienes observaba usted en la linda vecindad que su padre

de usted le proporciona, ¿las envidia usted? Mírelas de nuevo.

Y, mientras Galatea cogía el antejo y lo dirigía á lo lejos, consideraba Gilillo que era una suerte el que no amara á aquella joven, pues así tenía toda libertad para hablarle como iba á hacerlo.

— Las envidio, dijo Galatea.

— ¿Á las dos?

— Á las dos igualmente. Quisiera ser la criada de la posada. Quisiera ser la joven mendiga que duerme en este momento en una cuneta del camino y á quien estrangularán antes de que amanezca, mas no sin haberla tomado.

Gilillo se inclinó.

— Nada tengo que añadir, señorita. Y, si quiere usted que le ayude á marcharse, estoy á su disposición.

— ¿De veras, quiere usted?

— Quizá sea absurdo, esto que vamos á hacer; no lo sé. En todo caso no es cuenta mía. Tiene usted derecho á expresar una voluntad, al cabo de diez años de reflexión. He dicho cuanto tenía que decirle á usted, señorita. Ahora, si está usted determinada, ya no insisto. Además, estoy en mi papel de hombre joven y soltero al sembrar el desorden

en el seno de las familias y al trastornar los proyectos de un padre. Y, por otra parte, hasta creo que le prometí á usted obedecerla. Todo cae á pedir de boca.

Galatea le estrechó ambas manos.

— ¡Oh tan bueno como es usted, y tan mal como le acogí al principio! Perdóneme si puede. Le quiero de todo corazón. Escuche... ¿Qué hora es?... Las cuatro y diez... Nunca se levantan los criados hasta las seis y media. Disponemos de más de dos horas.. Le permito á usted que no me vista en seguida.

XI

CÓMO LOS PROYECTOS DE PAUSOLE Y LOS DESEOS DE DIANA LA COPETUDA CONCORDABAN EXACTAMENTE.

Dicen que es preferible, sobre hojas de bananero, Acostarse con dos hombres á la vez, Antes que dormir sola.

Canción popular anamita (trad. DUMOUTIER. — 1890).

Pausole, en pie en su cuarto, se cruzó de brazos y sacudió la cabeza :

— ¿Qué he venido á hacer tan lejos? dijo en alta voz. ¿En qué correría me he aventurado? Heme errante por los caminos, á más de tres kilómetros de mi palacio, preparándome á dormir en una cama cualquiera, sin ninguna de mis comodidades ni de mis costumbres familiares. Esta aventura es un acto de demencia.

Pero Diana, que tenía muchas razones para desear que la tal aventura resultara grata y durara lo más posible, condujo al Rey á una vasta butaca y se acurrucó á sus pies.

Oponía un espíritu sencillo á las complicaciones de la vida, y fuera desconocerla el ver en ella una cerebral; pero era, por intuición, perita en ajustar su política á la psicología del amor, única parte de la sabiduría en que adquiriera luces. Ningún otro consejo sino el suyo había inclinado al Rey á retrasar su salida en momento en que deseaba ella que no se moviera de palacio. Necesitaba ahora prolongar la excursión y tomar parte en ella, es decir, hacerse perdonar su persecución importuna y contraria á los reglamentos.

Sobre este último punto, pensó que el

silencio le sería de mayor socorro que la contrición, pues las excusas recuerdan más la falta sin atenuarla gran cosa, y provocan el resentimiento aun cuando obtienen palabras de perdón.

Así, pues, no presentó Diana excusas de ningún género. Contó con la sola



Influencia de su dicha personal para calmar el ánimo del Rey, y alzó hacia él un semblante cuya calma no era turbada sino por el brillo de una negra mirada.

— ¡Qué bien estoy aquí, dijo, y qué adorable recuerdo evocaré más tarde en mí cuando piense en este cuarto! Ved, Señor: nuestro huésped lo ha dispuesto todo en armonía con vuestras particu-

lares aficiones. Hay confortable y frescura entre estas paredes. He aquí un diván bajo; otro más alto y más blando; y ese, tan ancho, y aquel, tan ingeniosamente colocado al aire libre de la ventana principal. Aquí tenéis limones y azúcar; y vuestro porto seco. Traje yo conmigo una botella, por miedo á que se les olvidara.

— ¿De veras?

— ¿Queréis una copa, ahora?

— No. Basta con que sepa que lo tengo á mano. Pero me molestara mucho el no verlo antes de dormirme.

— Mañana por la mañana tendréis vuestro chocolate español; he recomendado que lo hagan espeso y que esté bien batido, pues el Escudero de las reales cocinas no lo había dicho con autoridad.

— Muy bien.

— He pedido sobre todo que reine en el castillo un silencio de catedral mientras no os hayáis dignado anunciar vuestro despertar.

— En efecto, esto es muy importante.

— Vuestra camarista está aquí. Mañana, cuando yo llame, ella es quien se presentará, y he dado orden de que le man-

den callarse, pues me han dicho que esta mañana os ha molestado con su inoportuna charla. En fin, para vos he pedido á la Sra de Lebirbe dos almohadas de crin, pues sé que la pluma os molesta.

— ¡ Ah! este último rasgo me agrada sobremanera. Quiero darte un beso, Copetuda mía. Ven sobre este diván bajo. Cierto que los asientos son muy confortables en este castillo; me reconcilian con mi nueva habitación. Dime: por lo visto, has conversado mucho con la Sra de Lebirbe...

— Mucho. Somos algo parientas. Su hermana, que se casó con un médico, ha sido la querida de papá durante tres años. En seguida me recordó esta particularidad la Sra de Lebirbe.

— ¿ Es viuda, esa hermana?

— No. Pímero tuvo un hijo de su marido, y luego dos de mi padre.

— No me gusta eso, dijo Pausole. ¿ Per qué no haber francamente divorciado?

— Porque también mi padre estaba casado, y que mi madre tenía un carácter algo intransigente. Con ella no rezaba eso de la poligamia. Recuerdo que cuando papá llevaba queridas á casa, había escenas interminables. Jamás pudo

ninguna quedarse arriba de ocho días.

— Te pareces á tu madre, dijo Pausole, pues arañaste cruelmente á la pobre Dionisia, á quien he visto esta mañana...

— Y á quien despedisteis, Señor. ¡Oh que contenta me puse cuando la vi de vuelta al harén! También recordaré esa dicha... pero la de esta noche es mucho más dulce.

Pausole le puso la mano sobre el hombro.

— Tus palabras dejan entender que llevas una vida muy triste en el harén... ¿es cierto?

— ¡Oh! muy triste el año pasado. Muy feliz desde hace dos días.

— ¡Qué lástima!... Pero. ¿cómo remediarlo? No te obligo á quedarte, ni á ti ni á mis demás mujeres... Si hago vigilar tan severamente el harén, es porque me sería personalmente muy desagradable el ser engañado. Pero á nadie obligo por la fuerza á quedarse...

— ¿Cómo podéis hablarme así? ¿Qué, tan poco me amáis? dijo Diana muy pálida.

— Copetuda, te quiero de veras, y por eso mismo te concederé absoluta libertad el día en que me la pidas.

— Jamás os la pediré.

— ¿Y prevés que seguirás siendo desgraciada?

— Sí. Con un día de felicidad cada año.

— ¡Qué lástima, qué lástima! repuso Pausole.

Diana, descontenta del punto á que había ella conducido la conversacion, se preguntaba ya cómo persuadiría al Rey que consintiera ver en ella sola á trescientas sesenta y cinco mujeres distintas; pero el bueno de Pausole tenía su espíritu ocupado por escrúpulos de otra especie. Dijo :

— Acaso debiera ir más lejos... Ya he pensado en ello... ¡Qué delicado resulta, á veces, el hermanar nuestra propia dicha y nuestra propia felicidad con la libertad y la dicha de los demás! Ideal imposible : es preciso, siempre, llegar hasta el sacrificio. Y, en ese caso, se trata de saber quién ha de sacrificarse... No tengo inconveniente en fallar contra mí, si en ello veo equidad...

— ¿Contra vos?

— ¡Pues claro! Me doy muy bien cuenta de que, al obligar á todas esas mujeres jóvenes á una continencia abso-

luta durante toda su adolescencia, les jago pagar demasiado caro las satisfacciones que el título de Reina puede dar á su ternura, ó, en general, á su vanidad. Se aguantan. Lo sé. Pero no es menos cierto que, vivir así es vivir en contra de las leyes naturales, y más de una vez me he preguntado si no debería yo soltar á los pajes en el harén, día y noche, cerrando por supuesto los ojos sobre lo que muy probablemente ocurriría... No me he resuelto á ello, pero no desecho tal idea... Son chicuelos imberbes de quienes no puede uno tener celos... Y, aunque preveo que sus diversiones habrían de acarrearne algunos disgustos, me resignaré, por parecerme esto la solución menos chocante, y porque con ello tendré la satisfacción de haber proporcionado un poco de dicha á las lindas cautivas voluntarias que aletean en torno mío... Copetuda, ya es tarde. He andado mucho á mula, y estoy cansado. Descansemos.

Hacia las seis de la mañana, un rayo de sol ya caliente despertó á Diana la Copetuda.

Pausole dormía de espaldas, con la

nariz hacia arriba y la boca á modo de volcán.

Diana se volvió, abrió las piernas, se estiró apretando los puños y combando el pecho, y recayó, frunciendo las cejas.

¿Seguía soñando? era casi seguro, pues impresionada por las últimas palabras del Rey, tuvo la visión siguiente:

La puerta, que había quedado entreabierta para mantener una corriente de aire en medio de aquella noche harto cálida, giraba lentamente sobre sí misma... Un paje entraba, al pronto tímido, después más resuelto, y por fin atrevido... Dos manos ligeras acariciaban deliciosamente toda su piel cálida y matorosa... Una mejilla, suave y sensual, rozaba su seno izquierdo... Luego una sonrisa licenciosa se fundió con la propia sonrisa de ella, y ésta murmuró (con voz de ensueño): «Cuidado...» y creyó que le contestaban: «Nada despierta al Rey, Señora...» Entonces, al volverse sobre el lado izquierdo para vigilar mejor aquel sueño que temía ella interrumpir, le pareció que el paje se portaba con ella mucho más como marido que como fiel servi-

dor... Tuvo tres estremecimientos, perdió conciencia de la realidad, y cayó desde lo alto de su ensueño á la negrura de la nada.



LIBRO CUARTO

I

CÓMO DIANA LA COPETUDA EXPLICÓ SU ENSUEÑO Y TIRRETA SUS AMBICIONES.

En general, veréis que las mujeres prefieren un fatuo á un hombre serio, un libertino á un amante de buena conducta... Semejante preferencia, por parte de las mujeres, consiste : en lo físico, en las conveniencias sexuales imaginadas por ellas bajo un aspecto más interesante; y, en lo moral, en ese sentimiento innato que hace que cada uno busca aquello que más identidad tiene con él.

La Mujer en el orden social y en el orden de la naturaleza. — 1787.

Desde las nueve y media de la mañana fueron echadas á vuelo las campanas